

## EDITORIAL

La organización alerta y bien dirigida comprenderá cabalmente los peligros inherentes a la sumersión del individuo. El progreso se alcanzará en proporción directa a la libertad intelectual de acción dada a todos los hombres del equipo. No hay intrínsecamente nada en las grandes organizaciones que cierre la puerta a un alto rendimiento individual; pero, mientras más grande es la organización, más asiduamente debe empeñarse en la tarea de mantener abiertos y en circulación sus canales de estímulo y reconocimiento.

Los hombres, al igual que los niños, pueden extraviarse en las multitudes. En las organizaciones, los hombres pueden ser opacados, frustrados o pasados por alto; pueden cometerse injusticias, sufrirse afrentas, la promesa tornarse súbitamente en indiferencia. La función de más importancia del dirigente, consiste en velar porque eso no ocurra, porque ningún individuo sea ocultado por su vecino y su capacidad se disipe.

Las organizaciones están en peligro cuando el éxito las induce a complacerse de tal modo en sus realizaciones, que se sienten impulsadas, al igual que Narciso, a adaptar todo a su propia imagen. Me atrevo a presumir que cada uno de nosotros, cualquiera que sea su vocación, ha pasado en alguna época por el ingrato período de la insistencia del jefe en que hagamos las cosas "a su manera", en vez de dejarnos utilizar los métodos que resultan más fáciles para nuestra idiosincrasia.

Mucho se insiste hoy día en la formación, particularmente en esa nebulosa zona llamada desarrollo, del personal ejecutivo; pero el exceso de codificación en los procedimientos pedagógicos, redundando a menudo en la perpetuación de facsímiles y la congelación de rígidas pautas de pensamiento. Una formación aca-

bada es sin duda indispensable, pero debe recordarse siempre que las organizaciones no hacen a los hombres, sino a la inversa. Lo que éstos traen consigo en la forma de carácter y adaptabilidad, así como de nuevas ideas, es lo que enriquece la circulación sanguínea de la organización.

No sólo la organización, sino la sociedad misma, se resiente cuando se tolera que las personas sacrifiquen su autenticidad en el deletéreo ambiente de la mediocridad. Una dirección idónea reducirá al mínimo estos riesgos, aunque, siendo como es la gente, la perfección en este campo resulta ardua. Desafortunadamente, son escasas las normas válidas de comparación directa entre los seres humanos; y las funciones y oportunidades de los individuos que trabajan dentro de una organización, diferirán sin duda según sus capacidades y especial competencia. Las aportaciones al esfuerzo común serán de distinta índole e importancia. La imaginación creadora se manifestará en formas y proporción diversas. Algunos contribuyen con brillantes fogonazos de forma; otros merced a su constancia, persistencia, o al abrumador, y frecuentemente pasado por alto, esfuerzo del trabajo de rutina. Para la organización, lo importante es que a cada individuo se le dé la ocasión de desplegar sus talentos al máximo y en la forma más compatible con su personalidad.

Unicamente así, la organización exaltará a su personal más idóneo hasta la cúspide, y aunque mucho cabe decir del elevado promedio general, la organización, así como la sociedad, egoístamente deben interesarse de preferencia por los hombres de primera categoría. La función del hombre corriente se ha ampliado y mejorado, desempeñándose en una gran variedad de actividades útiles; pero el papel del hombre verdaderamente excepcional, en ésta o en cualquier época, es único.

Crawford H. Greenewalt  
(“*El Hombre Excepcional*”)